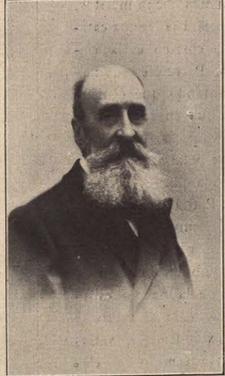




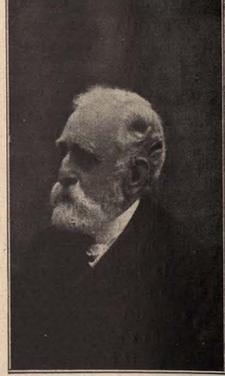
D. JOSÉ MONEGAL Y NOGUÉS  
Presidentes de la Cámara de Comercio, Fomento del Trabajo Nacional, Colegio de Corredores Reales y Asociación de Navieros y Consignatarios.  
*Fot. de Napoleón.*



D. LUIS FERRER-VIDAL Y SOLER  
Presidentes de la Cámara de Comercio, Fomento del Trabajo Nacional, Colegio de Corredores Reales y Asociación de Navieros y Consignatarios.  
*Fot. de J. Martí.*



D. ANTONIO TUSQUETS  
Presidentes de la Cámara de Comercio, Fomento del Trabajo Nacional, Colegio de Corredores Reales y Asociación de Navieros y Consignatarios.  
*Fotografías de Napoleón.*



D. FEDERICO NICOLAU  
Presidentes de la Cámara de Comercio, Fomento del Trabajo Nacional, Colegio de Corredores Reales y Asociación de Navieros y Consignatarios.  
*Fotografías de Napoleón.*



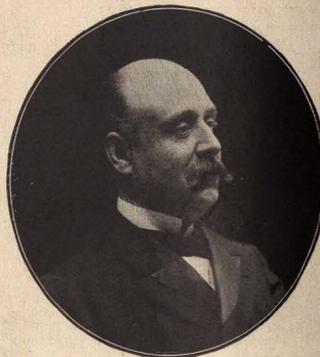
EMBARQUE DE S. M. EN EL MUELLE DE LA PAZ DE BARCELONA AL PARTIR PARA LAS BALEARES  
Cliché directo (50 por 60 centímetros). R. Olaguer Feliu. — Plaza Real, 4.



D. IGNACIO GIRONA  
Presidentes del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, del Sindicato de Exportadores de Vinos y del Círculo de la Unión Mercantil.  
*Fot. de Audouard.*



Excmo. Sr. D. PEDRO G. MARISTANY  
Comisario Regio de Instrucción Pública.  
*Fot. de Napoleón.*



D. JAIME SERRA Y JANÉ  
Círculo de la Unión Mercantil.  
*Fot. de Audouard.*



NÚMERO EXTRAORDINARIO Á LA MEMORIA DEL EXIMIO ARTISTA

RAMÓN TUSQUETS

## RAMÓN TUSQUETS

Poco a poco van desapareciendo los campeones de aquel grupo glorioso que, con Fortuny al frente, hicieron respetable y admirado por todo el mundo el arte español. A medida que transcurre el tiempo podemos percibir mejor la magnitud de aquel movimiento artístico, completamente aislado, sin precedentes, verdadera losa que cubría al muerto romanticismo y sustentaba al naciente realismo. Como siempre, el arte se adaptó al medio y respondió a una necesidad social de la que era reflejo.

Había pasado el tiempo de las luchas por la libertad, y los ideales políticos iban transformándose en deseos de comodidad y bienestar. El florecimiento de las industrias había creado una infinidad de fortunas que venían a ser como la aristocracia de la clase media, gente nueva y sin tradiciones, cuyos placeres había que satisfacer en la medida de sus gustos, que eran, como es natural, proporcionados a la capacidad que les daba el dinero.

A los palacios señoriales de la decada nobleza, con sus enormes y frías salas, sucedieron las viviendas reducidas, con saloncitos diminutos, ganando en intimidad y confort lo que perdían en majestad. Hubo que crear un arte adecuado a las nuevas necesidades y nacieron por generación espontánea la pintura de caballete y la escultura llamada de salón; ambas sin trascendencia alguna moral o social, cual correspondía a la cultura ambiente, que sólo anhelaba el deleite de los ojos, sin que el corazón o la mente quisieran su parte de emoción.

El arte, pues, se empequeñeció en su tamaño y en sus tendencias. Mas como tenía que justificar su valor en cuanto a arte, fué añadiendo en cualidades objetivas lo que perdía en idealidad, dando de este modo principio y fundamento al realismo, que tan sana influencia ha ejercido en los últimos tiempos.

No hay que desconocer los inmensos servicios que ha prestado este arte, burgués como el que lo pagaba, al progreso general, pues si por una parte contribuyó a matar al antipático romanticismo, restableció por otra el estudio del natural, descuidado desde hacía más de un siglo, y enriqueció el tecnicismo con multitud de nuevas fórmulas de imitación.

Por esto el primorosísimo fortuniano no sólo tuvo razón de ser, sino que, al influir directamente en el arte de todo un período, adquirió derecho a la consideración de la historia, que no podrá echar en olvido sus positivos servicios.

Ramón Tusquets brilló precisamente en este período, con caracteres tan particulares, que le confirieron marcada personalidad. No fué, como tantos otros, un secuaz de Fortuny más que en el punto de vista general del arte; sintió más bien la influencia de los pintores italianos, cuyo mecanismo y colorido se adaptaban mejor a su temperamento. Colorista por excelencia, confiaba exclusivamente al pincel la calidad de los objetos que representaba, apartándose en esto de los fortunianos, que empleaban infinitos medios para obtener una exacta imitación. Compañía con buen gusto y algunas veces, como en el cuadro *Labradores romanos*, con nobleza y elevación. Dibujaba correctamente y trataba con igual pericia la figura y el paisaje.

Tusquets era hijo de una distinguida familia de Barcelona. Su vocación artística fué tardía, pues hasta los veinte años no empezó a estudiar, como un aficionado cualquiera, bajo la dirección de su amigo Manuel Moliné, famoso más tarde como caricaturista. Los primeros ensayos

públicos de Tusquets aparecieron en un periódico satírico catalán, titulado *Lo tros de paper*, en cuyas páginas, con el seudónimo de *Patuflet*, publicó precisamente algunas caricaturas.

Estos primeros destellos, sin determinar concretamente su vocación, contribuyeron a disgustarle de la carrera comercial a que le destinaba su padre, cuya voluntad no se atrevía a contrariar abiertamente. Pero una luctuosa circunstancia decidió de su porvenir. Corría el año 1865 y Tusquets enfermó gravemente, hasta el punto de hacer temer por su vida; pero al propio tiempo enfermaba su padre, quien, menos fuerte que su hijo, sucumbió a los pocos días. No hay que decir si la familia ocultaría cuidadosamente a Ramón esta desgracia; así es que, apenas pudo entrar en la convalecencia, se le trasladó a una quinta inmediata a Barcelona, donde fué recobrando lentamente las fuerzas.

Hacíanle compañía en sus largas horas de inacción algunos amigos suyos, entre ellos Pellicer y Suñol, quienes iban haciendo los preparativos para su primer viaje a Roma, la meta suspirada entonces de todos los jóvenes artistas. Naturalmente que aquel viaje constituía el fondo de todas las conversaciones, que despertaban en Tusquets el ansia de participar de los entusiasmos artísticos de sus compañeros. Y cuando, llegado el momento oportuno, le fué revelado el fallecimiento de su padre, manifestó a sus allegados su irrevocable resolución de marchar a Roma a cultivar la pintura.

A fines del mismo año 1865, cuando frisaba en los 26 de su edad, marchó Tusquets a Roma en compañía de José Luis Pellicer. Del efecto moral que le produjo aquella histórica ciudad, es buena muestra el que el temporáneo viaje se convirtiera en estable residencia hasta su muerte, y el afán con que emprendió sus estudios hasta hacer hablar bien pronto de sí.

Aquel organismo, no abierto todavía a las grandes sensaciones del arte, ignorante de su propia fuerza, de disposiciones y vocación hasta entonces problemáticas, sufrió una metamorfosis completa. Los museos, las ruinas, la sociedad artística de la Ciudad Eterna descubrieron

un mundo nuevo, apenas entrevisto por él, y lanzóse con ardor al estudio, realizando tan rápidos progresos, que causaron la admiración de sus compañeros. Ya en la Exposición Nacional de 1867 (si la memoria nos es fiel), ganaba una tercera medalla con su *Pordiosero romano*, que figura en el Museo de Arte Moderno de la Corte, y casi al propio tiempo exponía en la Academia de Bellas Artes de Barcelona un cuadro de género, *Una cocina*, de una verdad y calidad que ha desafiado victoriosamente las injurias del tiempo, y que adquirió la Excm. Diputación para el Museo provincial.

En 1868 y 1869 viajó por Andalucía en compañía del italiano Joris, recogiendo una infinidad de escenas andaluzas, en las que con el gracejo típico del país campeaba aquella brillantez de colorido y aquella manera habilidosa que fueron ya desde entonces su característica en la pintura de género. Algunos de aquellos trabajos los expuso en el Salón de San Jorge de la Diputación de Barcelona, y aún recordamos con fruición el simpático cuadro *El requiebro*, verdadero trasunto de gracia y buen gusto. En la Exposición Nacional del año 1871 presentó su célebre cuadro *Labradores romanos*, la obra más seria y sobria que en nuestro concepto ha salido de su pincel. Una hilera de hombres y mujeres, hundiéndose la puntiaguda azada en el terruño, la línea triste y ondulada de la campiña romana y el sol poniente iluminando con sus dorados rayos la escena, constituían un conjunto de una belleza plástica tan sencilla como agra-



dable. El Jurado le confirió la primera de las medallas de segunda clase, en una exposición en que los nombres de Rosales, Mercadé, Palmaroli, Sans, Gisbert y tantos otros valiosos y en la plenitud de su fama se disputaban la preferente atención del público.

Aquella fué la época de su mayor actividad productiva. Solicitado por los comerciantes de arte y por infinidad de particulares que deseaban poseer obras suyas, entregóse de lleno a la pintura que privaba entonces, la de caballete, pasando de los temas de costumbres españolas a los de escenas romanas, cuyo espíritu había penetrado como un verdadero hijo del país. Expertísimo también en la acuarela, cuyo mecanismo es-



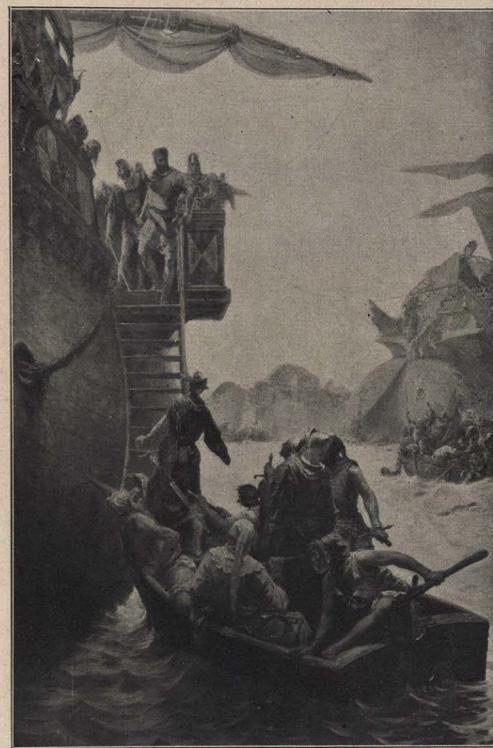
Cuadros de RAMÓN TUSQUETS.

tudiara al lado de Fortuny, produjo buen número de obras en este género de pintura, llegando a emular a los mejores.

Su talento, su afabilidad de carácter y su dón de gentes, le granjearon la estima universal, considerándosele como uno de los elementos más valiosos de las colonias extranjeras; de suerte que fué nombrado presidente del Círculo Artístico Internacional de Roma, en cuya ciudad habíase ya creado una familia.

Otras dos veces vino a España, una en 1881 para hacer entrega del cuadro bíblico, *La muerte de Sisara*, que le había encargado don Joaquín Prats, y otra en 1886 para hacer lo propio con los cinco cuadros de la historia de Cataluña que había ejecutado por comisión de don Miguel Boada y que figuraron en 1891 en la primera Exposición Internacional de Bellas Artes que celebró el Ayuntamiento de Barcelona, para quien ejecutó Tusquets el retrato de la Reina Regente, que figura en el salón de sesiones, y el de Moncada para la galería de catalanes ilustres. Viajó además por Italia, Austria, Baviera y Francia, exponiendo obras en las capitales respectivas y alcanzando premios en Nápoles, Viena, Munich, etcétera. Desde la última de las dos fechas citadas no volvió ya más a su país natal, pero a intervalos sonaba su nombre, ya por algún nuevo triunfo alcanzado en el extranjero, ya por la exposición de algún trabajo suyo en esta ciudad.

No sabemos haya pintado más cuadros históricos que los expresados; pero ellos son una muestra de su facultad de asimilación y, sobre todo, de su cultura arqueológica en un género que no había cultivado jamás. La manera de componer es nueva, como si fuesen episodios observados



directamente, sin el efectismo teatral que, por lo común, es parte integrante de este género de obras. Noble en la interpretación, exacto en la indumentaria, pintoresco en la manera de exponer, con esos cuadros de su última fase artística evidencia lo que hubiera podido hacer en aquellas épocas en que privaba este género, si no le hubiera absorbido un arte más humano y general.

Las reproducciones que publica el ALBUM SALÓN en este número, dedicado a honrar la memoria del ilustre catalán, dan clara idea de la evolución progresiva de su talento, desde las pequeñas acuarelas que con tan buena fe como fidelidad pintara en la Academia *Gigi*, recién llegado a Roma, y que tienen digno remate en el magnífico *Guardia suizo del Vaticano*; pasando luego por los soberbios cuadros de género *Solemnis Peractis*, *En el pozo*, *La fuga*, y aquella joya radiante de sol de Andalucía, *Descanso en la venta*, que señala el apogeo del artista; para terminar en los cuadros históricos citados.

La noticia del fallecimiento de Ramón Tusquets, que el telégrafo nos transmitió el día 11 de Marzo, fué de duelo para el ALBUM SALÓN que lo contaba entre sus eximios colaboradores y había estado con él en cordiales relaciones hasta los últimos días de su vida, pues un mes antes de morir aún nos había enviado la fotografía de dos obras que nos apresuramos a publicar. Debíamole, pues, este tributo de admiración y afecto que con gusto consagramos al artista que honró a la Patria en extranjeras tierras y al amigo bondadoso y caballero.

FRANCISCO CASANOVAS